



Punto de vista

Fernando Cordero

Religioso de los Sagrados Corazones y periodista
fernandocorderosccc@gmail.com

Tráfico y justicia

El abad primado de los benedictinos, Notker Wolf, es admirador del tráfico automovilístico de Roma, donde vive en la actualidad. Señalo este dato porque este religioso explica el concepto de justicia, como uno de los pilares de la felicidad, conectando con la fluidez con la que transcurren los vehículos en la Ciudad Eterna.

Una observación que, señala, se repite también aquí en Barcelona. De hecho, a mí me ha llamado la atención frecuentemente. Si alguien sale de una calle secundaria y quiere incorporarse a la vía principal, lo dejamos pasar. Luego, continuamos deprisa tras él. No se permite pasar a los cinco siguientes. Se da un equilibrio: dejamos pasar y también nosotros hemos de pasar. No se aplica la ley del más fuerte, sino la elegancia que facilita la justicia de dar a cada uno lo suyo.

Para aplicar la justicia hay que tomar una cierta distancia, que admita hacerse cargo de la realidad más confusa y saber decidir de una manera inteligente y correcta, como sucede, por ejemplo, a los policías de la romana Piazza Venezia, en la que discurren oleadas de tráfico imprevisibles.

La justicia es reconocer la existencia del otro, considerando que también yo soy alguien, que no puedo vivir aislado, sino que dependo de los otros. Normaliza las relaciones recíprocas. Se trata de una experiencia comunitaria. Esto nos conduce a hablar también de amor. Jesús lo expresa muy claramente en el Evangelio: «El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido sino para servir y dar su vida por la redención de muchos» (Mt 20,28).

Y sabemos cómo Jesús vivió y sirvió, cómo se dedicó a los más desfavorecidos, a los que menos cuentan en las carreteras del tráfico de la sociedad. En la *Laudato Si*, Francisco, tan sensible a la justicia social, nos recuerda en el n. 49: «Un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres.» La tierra y los pobres están unidos indisolublemente.



Por último, para un armonioso fluir del tráfico de las virtudes en la vida cristiana, no podemos relegar la misericordia. Santo Tomás de Aquino advertía hace siglos que la justicia sin misericordia es crueldad. A las puertas del Año de la Misericordia, es otra de las señales que no se debe obviar para atemperar la velocidad de la justicia.



Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova

Deán del Capítulo Catedral de Barcelona
secretaria@catedralbcn.org

Una palabra siempre es una palabra

Es notable el principio del libro de la Sabiduría. El lector habrá notado que los libros sapienciales del Antiguo Testamento me dan qué pensar y me abren perspectivas. Es importante tener el testimonio de los antiguos sobre elementos vitales perennes de la existencia humana. Aporta un cierto consuelo considerar, en todas las épocas, la identidad o similitud de la conducta de los humanos. Y, a la vez, darse cuenta de que también los consejos son similares.

El tema de la Sabiduría es como un gran eje que, en último término, identificado con Dios, vertebró la existencia. Transcribo el siguiente párrafo: «La sabiduría

no entra en alma perversa, ni habita en cuerpo esclavo del pecado. Pues el santo espíritu que nos educa huye de la doblez, se aleja de los pensamientos sin sentido.»

Prosigue: «La sabiduría es un espíritu que ama a los hombres, pero no dejará sin castigo a los labios blasfemos; porque Dios es testigo de su conciencia, es vigilante veraz de su corazón, y escucha lo que su boca profiere... por eso no podrá ocultarse quien hable perversamente, la justicia acusadora no pasará de largo junto a él. Se investigarán los planes del impío, y al Señor llegará el rumor de sus palabras, como acusación de sus maldades. Hay un oído celoso que lo escucha todo, y no se le escapa el más leve murmullo. Guardaos, pues, de murmuraciones inútiles, preservad vuestra lengua de hablar mal, porque la palabra más secreta no queda sin efecto, y la boca mordaz da muerte al alma.»

Considero que, todos los tiempos, tienen algo de la melodía de *La canción de las mentiras*. De los ciruelos no salen manzanas, ni por el mar corren las liebres ni por el monte las sardinas. Tampoco hoy.

A propósito de...



P-J Ynaraja

Capellán del Montanyà
ynaraja@gmail.com

Setas

Estoy leyendo y subrayando (casi tanto leo como subrayo), la preciosa y densa encíclica del Papa. Se detiene uno a veces en lo anecdótico y piensa: ¿en este equilibrio y utilidad de cada ser, qué aportan los hongos a la armonía de la vida? Las fanerógamas ofrecen sus frutos precedidos, en la mayoría de los casos, por sus flores. Un lirio del campo tiene la esbeltez de un primer bailarín de ballet y una rosa la belleza y gracia de una bailarina con tutú. ¿Qué aporta, continuo reflexionando, un hongo? Recuerdo la peligrosidad de la amanita o las molestias de una micosis. Deduzco que si una ciudad necesita recogida de basuras, algo semejante cumplen estos en los bosques. Pese a ello no siento simpatía, sin ignorar el entusiasmo que ponen los buscadores de setas —en Cataluña cazadores—, y el adrezo que supone a los guisos, tanto la compañía de niscalos, como la de plebeyos champiñones. Pero la enseñanza de la *Laudato Si* me impide destruirlos.

Voy a la Biblia. Excluyo las levaduras, hongos microscópicos, algún día hablaré. Los hongos que aparecen en la Biblia son el tizón y el añublo. Por lo que leo, se trata de parásitos que amenazan los cultivos. Supongo por las descripciones, que serán semejantes a los que he visto: el «carbón del maíz» o *Ustilago maydis* y el cornezuelo del centeno o *Claviceps purpurea*. Por las tierras que yo escribo resultaba ser parásito molesto, que el labrador procuraba destruir antes de que creciera y dispersase sus esporas. Las fumigaciones o tratamientos de hoy los han hecho desaparecer. No hace mucho, observando campos de trigo, sobresalía siempre alguna gallarda espiga de centeno, con la protuberancia del cornezuelo. Es muy tóxico para el hombre y el ganado, pero ciertos alcaloides que contiene son útiles en medicina. El tizón, leo, pertenece a una de estas dos especies: *Tilletia caries*, *Tilletia foetida*. El añublo sería el hongo *Rhizoctonia solani*, que ataca a los cereales, principalmente al arroz.

La mención del tizón y añublo aparece en la Biblia como una amenaza sobre los campos de quienes desprecian a Dios (Dt 28,22; Am 4,9, Ag 2,17). Salomón, en su oración de dedicación del templo, pidió que librar a esta maldición a quien orara a Dios (1 R 8,37; 2 Cro 6,28).

La palabra tizón aparece dos veces más en la Biblia (Amós y Zacarías) pero en ambas su significado corresponde a un tronco medio quemado, que no ha llegado a convertirse en brasa. Estoy refiriéndome siempre a las ediciones en lengua castellana. Mi opinión sobre las setas, después de todo lo escrito, no ha cambiado, salvando a los antibióticos, pero de estos nada se dice en la Biblia, excepto lo que puedan pensar aquellos que atribuyen a un hongo que habita en el hisopo, lo del Salmo 51,9.